

Voluntarios por la anarquía

El Grupo Internacional de la Columna Durruti

Morris Brodie



Prometeo Ediciones

Colección Libelos #6

VOLUNTARIOS POR LA ANARQUIA

El Grupo Internacional de la Columna Durruti

Morris Brodie

En el 90º aniversario de la Revolución social de 1936.

Título original: *Volunteers for Anarchy: The International Group of the Durruti Column in the Spanish Civil War*. Morris Brodie, 2019.

Traducción y correcciones: UNA.

Diseño: EPIMETEO.

Ilustraciones: FRANS MASEREEL.

Impreso en Barcelona. Verano de 2026

El *Grupo [Internacional]* se formó antes de que se planteara la cuestión de pagar a los milicianos. [...] la mayoría de sus miembros habían dejado sus profesiones y ocupaciones habituales para venir a España. Algunos venían de Italia, como el joven Giua, otros del Ruhr y del Sarre, y algunos de la clandestinidad política o social, como el notable *rompedor* de la Romaña que, decidido a encontrar su fin en el combate, sacrificó el botín que había acumulado en Francia para comprar armas.

MERCIER VEGA



PALABRAS PREVIAS

[...] Todos los intentos concretos de internacionalizar las luchas tienen como motor la solidaridad. Solidaridad con un pueblo en lucha, solidaridad con lxs migrantes, solidaridad con las hermanas y hermanos golpeados por la represión... La solidaridad es el estímulo inicial, el *deus ex machina* de toda lucha que tenga la ambición de animar a involucrarse, porque nace de una necesidad interior importante para muchos seres humanos, el apoyo mutuo [...].

ALFREDO COSPITO¹

Este texto se adentra en una dimensión menos conocida de la Guerra Civil española: la experiencia de lxs voluntarixs extranjerxs que combatieron en las milicias anarquistas de la CNT-FAI, especialmente

1. En el momento de escribir estas palabras el compañero Alfredo Cospito se encuentra preso por el Estado italiano bajo el cruel sistema de aislamiento penitenciario conocido como 41 BIS. Estas páginas van dedicadas a su amor por las ideas anárquicas y su entereza y resistencia.

en el *Grupo Internacional de la Columna Durruti*. Frente a la atención historiográfica dedicada a las *Brigadas Internacionales* organizadas por la COMINTERN, el autor rescata un fenómeno profundamente transnacional y revolucionario que desbordaba tanto las fronteras nacionales como las estructuras políticas tradicionales.

A través del estudio de esta agrupación compuesta por militantes de más de veinticinco países, el texto muestra cómo la Guerra Civil no fue únicamente un conflicto de fronteras hacia dentro ni una simple lucha entre fascismo y democracia, sino también un laboratorio de experiencias revolucionarias, tensiones ideológicas y formas alternativas de organización militar y social. Las milicias anarquistas encarnaron una concepción distinta de la guerra: basada en la disciplina revolucionaria, la horizontalidad y la transformación social simultánea al combate.

Al mismo tiempo, el texto cuestiona las visiones románticas y homogéneas del antifascismo internacional. Las contradicciones entre revolución y militarización, las disputas entre anarquistas y comunistas, la implicación de las mujeres milicianas o las dificultades de convivencia entre voluntarios de orígenes diversos revelan la complejidad del campo *republicano* y de las redes antifascistas de entreguerras.

Más allá del episodio militar, este estudio permite comprender cómo el anarquismo internacional en-

contró en la Revolución social un horizonte de esperanza y una experiencia concreta de transformación, capaz de movilizar a cientos de personas que vieron aquí no solo un frente contra el fascismo, sino la posibilidad real de una revolución mundial.

Anarquistas de Prometeo.

Verano de 2026





VOLUNTARIOS POR LA ANARQUIA

El Grupo Internacional de la Columna Durruti



La Guerra Civil española es famosa, en parte, por aquellos que vinieron a España para luchar contra el fascismo más allá de sus propios países. Aproximadamente 35.000 voluntarios viajaron a España para defender la República de 1936 a 1939, la gran mayoría de ellos sirviendo en las *Brigadas Internacionales* organizadas por la Internacional Comunista (COMINTERN). Sin embargo, un número importante luchó en formaciones bajo el control de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y la Federación Anarquista Ibérica (FAI). Aunque había similitudes entre el servicio en ambos destacamentos, también había cruciales diferencias sobre la disciplina, la militarización y el enfoque político más amplio de la lucha. A diferencia de la plétora de estudios centrados en los brigadistas, los voluntarios internacionales de las unidades anarquistas han sido ignorados por los historiadores. Los pocos que los han estudiado han tendido a adoptar un enfoque individual (centrándose en los voluntarios anarquistas más conocidos por otros empeños como Simone Weil o Carl Einstein) o específico por países que, aunque valio-

so, ignora el carácter transnacional e internacionalista de estas unidades.

El antifascismo de los años treinta no solo fue un fenómeno internacional, sino transnacional. Si se hace hincapié en el papel de los distintos grupos nacionales dentro de las unidades internacionales, se corre el riesgo de reforzar las mismas fronteras nacionales que estos voluntarios pretendían desafiar. Además, comparte paralelismos con historias más explícitamente nacionalistas del voluntariado de guerra.

Este artículo trata de abordar esta cuestión centrándose en una de las unidades anarquistas extranjeras más significativas: el *Grupo Internacional* de la *Columna Durruti* (más tarde la *Compañía Internacional* de la 26ª División del Ejército Popular).

A través de un estudio de caso de esta unidad, compuesta por aproximadamente 368 milicianos de al menos 25 países diferentes, se traza la experiencia de los voluntarios anarquistas extranjeros en España. La *Agrupación Internacional* era, como señalaba una publicación contemporánea, una *Internacional viva*, compuesta por antifascistas de todo el mundo.

El examen de su funcionamiento pone de manifiesto la variedad de problemas a los que se enfrentaron los extranjeros en España durante la guerra civil y cómo intentaron superarlos. Nos ayuda a comprender los conflictos dentro del bando republicano español, la comple-

ja naturaleza del antifascismo internacional durante el periodo de entreguerras y el fenómeno más amplio del voluntariado de guerra transnacional en general.

Tras una visión general del lugar que ocupan los voluntarios anarquistas internacionales en la historiografía más amplia de la guerra, examinaré los antecedentes de los voluntarios, incluyendo su nacionalidad, clase, género y afiliación política. Las dos secciones siguientes contribuyen a los estudios sobre los voluntarios de guerra extranjeros investigando la relación entre el *Grupo Internacional* y sus anfitriones españoles, a través, en primer lugar, de la militarización de las milicias en el invierno de 1936 y, en segundo lugar, del papel del grupo en las *Jornadas de Mayo* de 1937 y sus consecuencias. Esto incluye el servicio posterior de los voluntarios en las *Brigadas Internacionales*, una comparación importante en todo el proceso. Estos episodios muestran la actitud a menudo hostil de los españoles hacia los extranjeros dentro de España y desafían la imagen romántica, casi mítica, del servicio exterior en España que a menudo se presenta tanto en los relatos de los veteranos como en los de los estudiosos.

La sección final del artículo trata de las trayectorias de los voluntarios después de la derrota, destacando la continuidad entre el antifascismo de entreguerras y el de la guerra, al tiempo que reconoce que la solidaridad transnacional tenía sus límites.

Según Mae N. Ngai, la historia transnacional:

[...] sigue el movimiento o el alcance de las personas, las ideas y/o las cosas a través de las fronteras nacionales (u otras definidas).

La historia transnacional no es simplemente un estudio comparativo que abarca dos o más países; reconoce las interconexiones entre ellos y cómo estas dan forma a los acontecimientos en todos los países considerados. En los últimos años se ha producido un *giro transnacional* en los estudios antifascistas y anarquistas, gran parte de los cuales se centran en las décadas de 1930 y 1940. Los recientes trabajos de Michael Seidman y los próximos proyectos de Helen Graham y Robert Gildea indican una nueva apreciación de la naturaleza transnacional del antifascismo de entreguerras. De hecho, Hugo García sostiene que:

[...] parece ser en muchos aspectos el tipo ideal de movimiento transnacional.

La Guerra Civil española, en particular, se presta al estudio transnacional, dado el contexto internacional del conflicto y su reputación como campo de pruebas para la Segunda Guerra Mundial. Jorge Marco, por ejemplo, ha examinado recientemente el efecto de los soldados transnacionales en las tácticas militares tanto de los ejércitos republicanos españoles como de los aliados, y Lisa A. Kirschenbaum ha elaborado una historia pionera del co-

munismo transnacional durante el periodo de la guerra civil a través de los ojos de la COMINTERN. Sin embargo, es necesario desligar la historia del antifascismo de la del movimiento comunista.

El anarquismo, en vista de su hostilidad a las organizaciones establecidas y su énfasis en la libertad individual, la fluidez y las redes personales, parece ideal para ser estudiado a través de una lente transnacional. Constance Bantman y Bert Altena sugieren incluso que:

[...] el transnacionalismo parece ser una característica natural de los movimientos anarquistas.

Es sorprendente, por tanto, que haya habido comparativamente pocos trabajos académicos sobre la naturaleza transnacional del anarquismo durante la Guerra Civil española, ya que la mayoría de los estudios sobre el anarquismo durante el periodo se centran en la CNT y la FAI.

Aunque Enrico Acciai ha examinado a los voluntarios antifascistas italianos de la *Columna Ascaso* durante el conflicto, los milicianos anarquistas internacionales en general han escapado a esta atención. La reciente publicación de las memorias de *Antoine Giménez* (seudónimo de Bruno Salvadori, un voluntario italiano que luchó con el *Grupo Internacional* durante la guerra) —completadas con extensas notas históricas— es una posible señal de que esto puede cambiar.

Como he argumentado en otro lugar, la Guerra

Civil española tuvo un profundo efecto en el movimiento anarquista internacional. Las colectivizaciones de fábricas y tierras, aparentemente espontáneas, que se produjeron en gran parte del territorio republicano, combinadas con la construcción de milicias revolucionarias antijerárquicas para combatir el fascismo, inspiraron a compañeros de todo el mundo e inyectaron vida a un movimiento que, de otro modo, estaría moribundo. Muchos anarquistas internacionales crearon nuevos grupos y periódicos en sus propios países, dedicados a aumentar la solidaridad con los españoles.

Otros cruzaron el Atlántico o los Pirineos para trabajar en la CNT-FAI en Barcelona y otras ciudades, documentar la Revolución social que se extendía por zonas de Aragón y Cataluña o unirse a las milicias en el frente.

Su influencia en la CNT-FAI ha sido destacada en trabajos recientes de James A. Baer y Martha A. Ackelsberg, que examinan el flujo tanto de activistas como de ideas entre España y América Latina en el periodo anterior y durante la guerra civil. Sin embargo, su contribución militar es más difícil de evaluar. A diferencia de las *Brigadas Internacionales*, cuya introducción durante la *Batalla de Madrid* ha alcanzado un *estatus* legendario y a menudo se les atribuye (con razón o sin ella) haber *salvado* la capital, los milicianos anarquistas internacionales no tienen una *batalla definitiva* como tal, y su servicio fue mucho más fragmentado que el de los brigadistas.

Calcular el número de anarquistas extranjeros

que combatieron en España sigue siendo un reto. La Comandancia Militar de Milicias no mantenía listas de las milicias anarquistas que operaban en Aragón y Levante (la principal zona de operaciones), y los anarquistas eran menos meticulosos en su registro que sus homólogos comunistas. Un artículo aparecido en el periódico anarquista italoamericano *Il Martello* en febrero de 1938 afirmaba que 2.000 anarquistas extranjeros habían servido en el frente de Aragón desde el comienzo de la guerra. El historiador Dieter Nelles sostiene que entre 1.000 y 1.500 anarquistas extranjeros llegaron a Cataluña en las primeras semanas después de julio de 1936, y Augustin Souchy, que trabajó para la División de Lenguas Extranjeras de la CNT-FAI durante el conflicto, estima una cifra de 3.000 en total.

La mayoría de los anarquistas que no se unieron a las *Brigadas Internacionales* lucharon en grupos internacionales adscritos a las milicias de la CNT y la FAI. La CNT, con entre 500.000 y un millón de miembros en 1936, era la organización anarquista más poderosa del mundo en ese momento. La FAI, más radical, con un máximo de 5.500 miembros antes de la guerra en 1933, también tenía fama de firmeza ideológica y militancia. Había grupos internacionales en la *Columna Ascaso*, la *Columna Ortiz* y unidades más pequeñas como las milicias *Batallón de la Muerte* y *Muerte es Maestro*.

Las columnas anarquistas variaban en su organi-

zación, pero la unidad principal era la agrupación (grupo de acción). Esta estaba compuesta por centurias (normalmente cinco centurias por agrupación), que contenían aproximadamente 100 milicianos, así como un equipo médico y una sección de ametralladoras. Las centurias se dividían a su vez en grupos que comprendían entre 10 y 25 combatientes. Estos grupos elegían delegados a la centuria, que a su vez enviaba representantes a las agrupaciones, que a su vez se relacionaban con el comité de guerra de la columna. La nomenclatura de las milicias anarquistas refleja la hostilidad con la que los anarquistas consideraban históricamente a las unidades militares. Esto contrasta con las unidades controladas por los marxistas, que se basaban en gran medida en el *Ejército Rojo*.

El *Grupo Internacional de la Columna Durruti* es quizás la más famosa de las unidades milicianas anarquistas extranjeras. Según el historiador anarquista Abel Paz, alrededor de 400 combatientes sirvieron en el grupo en algún momento, mientras que David Berry cree que el grupo alcanzó un máximo de 240 miembros. Mi propia investigación ha descubierto 368 individuos de 25 países. He excluido a los internacionales de los que se sabe que sirvieron con la columna, pero no explícitamente con el *Grupo Internacional*. He omitido, por ejemplo, al italoamericano Carl Marzani, que fue miembro de la *Columna Durruti* pero no del *Grupo Internacional* (de hecho, se iden-

tifica —incorrectamente— como el *único no español* de la columna), así como a algunos militantes mencionados por Berry. Las principales fuentes de voluntarios son los registros de la CNT y la FAI que se conservan en el Instituto Internacional de Historia Social (IISH) de Ámsterdam, los registros de la COMINTERN en el Archivo Estatal de Historia Social y Política de Rusia (RGASPI), así como los periódicos y las memorias, diarios y cartas de los participantes.

El *Grupo Internacional* se formó inicialmente en el frente de Aragón a finales de julio de 1936 a partir de un conjunto de aproximadamente 30 voluntarios. Según Berry, fue una idea de los anarquistas franceses François Charles Carpentier y Charles Ridel (alias *Louis Mercier Vega*). Nacido en Reims en 1904, Carpentier había sido cabo durante la Primera Guerra Mundial y se unió al grupo de Saint-Denis de la *Union Anarchiste* (UA) en 1927. Ridel, además de ser miembro de la UA, había asistido al congreso de la CNT en Zaragoza en mayo de 1936, y por ello conocía personalmente a Buenaventura Durruti. A finales de julio, ambos abandonan París con destino a España y se reúnen con la columna en Fraga, en la provincia de Huesca. Se convirtieron en los representantes del *Grupo Internacional*, además del anarquista francés Fernand Fortin, Emile Cottin (el anarquista francés famoso por el intento de asesinato de Georges Clemenceau en 1919) y un *Carles* no identificado. Los internacionales eran conocidos como *gorros negros*, por su uniforme no oficial de

boina negra. Esto les proporcionaba un mayor camuflaje para los ataques nocturnos, en los que el *Grupo Internacional* participaba a menudo.

El primer delegado del grupo fue el francés Louis Berthomieu, que había sido capitán de artillería durante la Primera Guerra Mundial. Otros voluntarios seleccionados para liderar el grupo también tenían experiencia militar previa, como el italiano Pietro (*Pablo*) Vagliasindi, los alemanes Christian Lamotte y Carl Einstein y el francés Alexis Cardeur. Esto, junto con el hecho de que Berthomieu dijera que *no sabía nada* de asuntos políticos, sugiere que la experiencia militar, más que la coherencia ideológica, era el factor primordial a la hora de elegir a los líderes dentro del grupo, lo que contradice la afirmación de Charles Esdaile de que los líderes de la milicia:

[...] no debían su posición más que a sus puestos en alguna jerarquía partidista o sindical.

Según Paz, el *Grupo Internacional* estaba dividido en cinco secciones, cada una de las cuales contenía unos 50 milicianos. En la práctica, sin embargo, había dos agrupaciones aproximadas: una sección de habla alemana y otra de habla francesa. Las demás nacionalidades estaban repartidas por el grupo, con voluntarios multilingües que hacían de traductores. El francés y el alemán eran los principales idiomas utilizados, pero, según el periódico anarquista alemán en el exilio *Die Soziale Revolution*:

[...] se hablaban al menos media docena de lenguas maternas diferentes [...]

Lo que pone de manifiesto el carácter improvisado y transnacional del grupo.

Pocos de los primeros voluntarios extranjeros hablaban español (Berthomieu era una excepción, otra posible razón para su elección a un puesto de liderazgo). Sin embargo, al igual que en las *Brigadas Internacionales*, existían frases en español compartidas entre los voluntarios anarquistas, que utilizaban cuando recorrían los pueblos:

¡Viva la Confederación! y ¡Viva la Revolución social!

Estas consignas explícitamente revolucionarias, frente a la consigna defensiva de ¡No pasarán!, favorecidas en las brigadas, son un signo notable del compromiso de la unidad anarquista con la interpretación radical de la guerra, cuyas repercusiones se analizan más adelante.

La sección francófona, que incluía a italianos y belgas, era conocida como la *Centuria Sebastié Faure*, en honor al anarquista francés del mismo nombre. Esta unidad estuvo en ocasiones adscrita a la *Columna Ortiz*, lo que explica que figure de forma diferenciada en algunos archivos de la CNT. La sección de habla alemana también contaba con voluntarios suizos y suecos. Algunos relatos afirman que se conocía como la *Centuria Erich Mühsam*,

pero no he podido encontrar ninguna prueba contemporánea de ello, y es posible que se confunda con una sección de ametralladoras del mismo nombre de la *Columna Ascaso*. Los restos de este grupo se trasladaron a la *Columna Durruti* en noviembre de 1936. Del mismo modo, Kenyon Zimmer ha desestimado las afirmaciones de los historiadores de que hubo una *Centuria Sacco y Vanzetti* compuesta por estadounidenses afiliados a la columna.

El mayor número de voluntarios procedía de Francia y Alemania, seguidos de España, Italia y Suiza. Francia fue el país que más voluntarios aportó durante la guerra civil (alrededor de 9.000 lucharon en las *Brigadas Internacionales*), por lo que el elevado número de anarquistas franceses no es sorprendente, especialmente teniendo en cuenta la proximidad de Francia a España y la relativa fuerza del movimiento francés. Los voluntarios internacionales para las milicias solían ser procesados por el movimiento anarquista francés, ya sea en París o a través de la *Section Française* situada en la ciudad fronteriza de Puigcerdà.

Los alemanes estaban sobrerrepresentados en la *Agrupación Internacional* en cuanto a la fuerza del movimiento anarquista alemán. Esto se debía en parte a que España era el principal destino del exilio para los anarquistas alemanes, y muchos se instalaron en Barcelona antes de 1936 debido a la política de asilo y las leyes de empleo liberales de la República Española. Estos exilia-

dos formaron el *Gruppe Deutsche Anarcho-Syndikalisten im Ausland* (DAS) en 1934, que desempeñaría un importante papel en la guerra civil de Barcelona. Además, como se comenta más adelante, una parte significativa de los alemanes de la columna eran miembros o exmiembros del *Kommunistische Partei Deutschlands* (KPD).

El gran número de españoles sugiere una cierta laxitud en la definición del *Grupo Internacional* y refleja el gran número de combatientes nativos en las *Brigadas Internacionales* durante las fases finales del conflicto. Los detalles sobre estos voluntarios son escasos (en parte porque en los relatos de los supervivientes se les menciona a menudo por sus apodos), pero parece probable que los milicianos españoles fueran trasladados desde otras secciones de la columna para aumentar el número de efectivos en determinados períodos. Algunos, ciertamente, estaban en el *Grupo Internacional* desde el principio. Como señala Berry, también podrían ser exiliados que siguieron a sus nuevos compañeros en el *Grupo Internacional* una vez que regresaron a casa.

Los voluntarios anarquistas italianos en España eran más numerosos que la mayoría de las otras nacionalidades, pero una gran proporción de ellos luchó con la *Sección Italiana* de la *Columna Ascaso*, de ahí el número desproporcionadamente bajo en la *Columna Durruti*. Cuatro voluntarios suizos vinieron a España para participar en la *Olimpiada Popular* de Barcelona, la alternativa de iz-

quierdas a las Olimpiadas de los nazis en Berlín, uniéndose a la milicia después de que esta fuera cancelada.

La impresionante variedad de nacionalidades dentro del *Grupo Internacional* pone de manifiesto la durabilidad del movimiento anarquista a pesar de las presiones externas durante el periodo de entreguerras. La diversidad de voluntarios también demuestra que la solidaridad política no estaba limitada por las fronteras políticas nacionales.

Se conocen las ocupaciones de 62 voluntarios, siendo la de marinero la más común. La industria marítima también constituyó un gran número de voluntarios de las *Brigadas Internacionales*; entre 500 y 600 marineros y estibadores estadounidenses (la mayor agrupación ocupacional entre los estadounidenses) sirvieron en España.

Once voluntarios alemanes de la *Agrupación Internacional* eran miembros de la Federación Internacional de Trabajadores del Transporte (ITF) o de la Unión Internacional de Marineros y Trabajadores Portuarios (ISH). El miliciano anarcosindicalista sueco Nils Lätt afirmó que, como «marinero y esperantista», se encontraba con frecuencia con camaradas españoles y estaba «completamente cautivado por su entusiasmo». Esto fue un factor importante en su decisión de unirse al *Grupo Internacional*.

Los marineros también podían abandonar el barco mientras estaban atracados en España para unirse a las milicias; este fue el caso de al menos dos voluntarios: El judío-americano Ed Scheddin y el alemán Franz Wiese.

Otra agrupación notable es la de los adscritos al ejército. Tres de ellos eran miembros de la Legión Extranjera francesa. Willi Schroth, que finalmente se unió a la 13ª Brigada Internacional, fue descrito por sus superiores de la COMINTERN como:

[...] un camarada indisciplinado y políticamente muy poco fiable, un verdadero tipo de la Legión Extranjera.

Schroth podría encajar en la categoría de *mercenario* utilizada a veces para denigrar la causa pro-republicana. Giménez admitió que:

[...] muchos de nosotros teníamos asuntos pendientes con la policía por cosas no relacionadas con la lucha social [...]

Pero la mayoría de los voluntarios parecen haber sido trabajadores de alguna categoría.

Los trabajadores cualificados eran la segunda categoría más común, seguidos por los conductores o los mecánicos. Otros sindicatos representados son la *Confédération Générale du Travail* (CGT) y la *Confédération Générale du Travail-Syndicaliste Révolutionnaire* (CGTSR), la CNT, la *Sveriges Arbetares Centralorganisation* (SAC) y los anarcosindicalistas *Industrial Workers of the World* (IWW) y *Freie Arbeiter Union Deutschlands* (FAUD).

Al menos 12 voluntarios eran mujeres, entre ellas

la escritora y pacifista francesa Simone Weil. Weil tuvo una estancia relativamente breve en España, después de herirse al pisar una olla de aceite hirviendo en el frente del Ebro. Inicialmente quiso cruzar a territorio enemigo para localizar el paradero del secretario general del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), Joaquín Maurín, pero esto fue vetado por la dirección del partido. Como afirma Lisa Margaret Lines, las milicianas fueron:

[...] una manifestación de los nuevos roles y oportunidades de género creados por la guerra civil y la Revolución social.

Llegaron a simbolizar la vitalidad de la lucha republicana, pero, a pesar de las impactantes imágenes publicadas en los periódicos extranjeros, seguían desempeñando roles de género dentro de la milicia. Durante una expedición en agosto de 1936, Berthomieu dio instrucciones a Weil para que se quedara en una granja capturada y cocinara. Cuatro mujeres fueron acompañadas por sus compañeros y tres actuaron como enfermeras o sirvieron en la cocina. Las mujeres también fueron con frecuencia objeto de la atención (a menudo no deseada) de los milicianos varones, y muchos de los líderes del grupo trataron de disuadirlas de unirse a la milicia. Sin embargo, seguían luchando y, de hecho, la mayoría de las milicianas del *Grupo Internacional* murieron en combate. *Giménez*

cuenta en sus memorias el horrible detalle de que dos de ellas —Augusta Marx y Georgette Kokoczinski— fueron destripadas antes de ser asesinadas, pero esto es difícil de verificar. Solo una, la austriaca Leopoldine Kokes, sobrevivió lo suficiente como para ser expulsada de la columna tras la orden de retirar a las mujeres del frente a principios de 1937.

El hecho de que las mujeres solo estuvieran activas en el frente durante unos pocos meses es indicativo de lo efímero de estos cambios en los roles de género. También sugiere el énfasis que ambos bandos del conflicto pusieron en el *mito movilizador* de la masculinidad bajo las armas, aunque, como señala James Matthews, los republicanos rechazaron algunas de las tendencias *ultramasculinas* de los nacionalistas.

Una muestra aproximada de 114 voluntarios sugiere que la mayoría llegaron a España en 1936, y que al menos 11 ya vivían en el país desde antes. Una muestra más detallada de 83 voluntarios indica que, para los que viajaron a España tras el estallido de la guerra, el verano de 1936 fue el período más popular para la llegada, y el número disminuyó hacia el comienzo de 1937. Esto no es sorprendente, ya que los voluntarios que llegaron a partir de 1937 tendieron a unirse a las *Brigadas Internacionales*, que lucharon por primera vez en Madrid en noviembre de 1936. Los primeros meses de la guerra fueron también el periodo en el que el prestigio de los anarquistas espa-

ñosles era posiblemente más alto, por lo que parece lógico que el servicio en una milicia de la CNT-FAI hubiera sido más popular entonces.

La *Columna Durruti* tenía fama entre los extranjeros de *equipo duro*, y Durruti era conocido en los círculos anarquistas como un militante experimentado.

A los voluntarios posteriores se les disuadió de unirse a las milicias o a las unidades dominadas por los anarquistas; de hecho, un decreto del gobierno de junio de 1937 prohibió a los extranjeros servir fuera de las *Brigadas Internacionales*. También hay que tener en cuenta que las redes de reclutamiento del movimiento anarquista estaban mucho menos centralizadas y sofisticadas que las de la COMINTERN, y no se animaba activamente a los anarquistas a viajar. La CNT-FAI estaba más preocupada por las armas que por los reclutas, prefiriendo que los compañeros agitaran por el fin de la no intervención que venir a España.

En muchos sentidos, la naturaleza informal del reclutamiento en la *Agrupación Internacional* se hace eco de la experiencia de otros primeros voluntarios que se unieron a las formaciones no anarquistas que más tarde se incorporaron a las *Brigadas Internacionales*, una vez que la COMINTERN obtuvo la bendición de Stalin para una movilización más amplia. Cuando las brigadas se institucionalizaron, los procedimientos de alistamiento se hicieron más rigurosos.

Al igual que las *Brigadas Internacionales*, había un pluralismo de opiniones políticas dentro del *Grupo Internacional*, con comunistas (tanto ortodoxos como antiestalinistas), socialistas, anarquistas y voluntarios en gran medida apolíticos —incluso pacifistas autoproclamados— que luchaban unos junto a otros. Muchos ya habían agitado o sido encarcelados por su postura de oposición al fascismo en sus propios países. Según Lätt, muchos de los voluntarios alemanes habían sido enviados a campos de concentración por los nazis, o «cazados como animales de un país *democrático* a otro».

Había al menos 33 miembros actuales o antiguos del Partido Comunista en el *Grupo Internacional* (procedentes de partidos de Alemania, Bélgica, Suiza, Francia, Estonia y Estados Unidos), aunque el número real es probablemente mayor. Graf y Nelles sugieren que hasta el 40% de los voluntarios alemanes eran miembros del KPD. Un grupo de 18 voluntarios alemanes se había unido inicialmente a la *Centuria Thälmann* (afiliada a la *Columna Karl Marx* [Del Barrio-Trueba], dirigida por los comunistas), pero se marchó después de que Hans Beimler, del KPD, sustituyera a su comisario político elegido, Kurt Lehmann, por otro de su propia elección. Lehmann, que había sido expulsado del KPD por liderar un grupo disidente de marineros de la ITF en Amberes (por lo que el partido le tachó de *trotskista* y *agente de la Gestapo*), dirigió después un grupo disidente similar para unirse a la *Columna Durruti* a finales de octubre de 1936.

El Partido Comunista criticaba las *inclinaciones revolucionarias* (según la expresión de E.H. Carr) de los anarquistas, y prefería librar una guerra convencional para derrotar al fascismo en primer lugar, en lugar de la lucha social más generalizada favorecida por la CNT-FAI y el POUM. La política comunista consistió, pues, en reconstruir el aparato estatal republicano que se había desmoronado en las caóticas primeras semanas tras la rebelión militar. Por esta razón, el anarquista angloitaliano Vernon Richards describió más tarde a los comunistas como la «punta de lanza de la contrarrevolución en España».

Una relación díscola con el partido no era extraña entre el *Grupo Internacional*; al menos seis voluntarios habían abandonado o habían sido expulsados del partido. Dos voluntarios rusos habían luchado contra los bolcheviques durante la Guerra Civil rusa; uno en el bando de los blancos, otro junto al anarquista ucraniano Nèstor Makhnò. Dos voluntarios alemanes, Heinrich Eichmann y Georg Gernsheimer, supuestamente transferidos desde las *Brigadas Internacionales* tras ser liberados a la fuerza de una prisión comunista por un comando de la FAI.

Cuatro voluntarios se habían afiliado al Partido Socialista, uno era miembro del *Sozialistische Arbeiterpartei Deutschlands* (SAPD), mientras que otros se aliaban con el POUM. El debate político dentro del grupo estaba permitido, e incluso se fomentaba, hasta cierto punto. Edi Gmür, un voluntario suizo, afirma que: El delegado político del grupo, Rudolf *Michel* Michaelis, estaba especial-

mente dispuesto a hacer propaganda dentro del grupo, lo que hizo que varios voluntarios marxistas se unieran a otras unidades en febrero de 1937 tras chocar constantemente con él por cuestiones políticas. A pesar de estas disputas, la proporción relativamente alta de voluntarios no anarquistas dentro de una unidad ostensiblemente anarquista sugiere que la naturaleza sectaria de las milicias se ha exagerado un poco.

La unidad antifascista estaba lejos de ser absoluta, como se discute más adelante, pero las diferencias políticas en esta unidad anarquista, al menos, se dejaron de lado en gran medida cuando comenzó la lucha.

Los estudios sobre el voluntariado de guerra en el extranjero (incluidos los de España) se han centrado mayoritariamente en las motivaciones de los voluntarios y en la naturaleza de su servicio militar. La relación entre el Estado anfitrión y sus combatientes transnacionales ha sido menos documentada, pero esto puede actuar como una:

[...] prueba de fuego única para evaluar la retórica de las causas nacionales.

La Guerra Civil española se presentó (y se presenta) a menudo como un conflicto claramente internacionalista, pero incluso aquellos de la izquierda que eran supuestamente hostiles a las manifestaciones del nacionalismo definieron con frecuencia la guerra en términos explíci-

tamente nacionalistas. En un discurso pronunciado en un mitin en Madrid en agosto de 1936, por ejemplo, la destacada anarquista Federica Montseny atacó a los nacionalistas como antiespañoles:

[...] porque si fueran patriotas, no habrían soltado en España a los regulares y a los moros para imponer la civilización de los fascistas, no como una civilización cristiana, sino como una civilización morisca.

El *Grupo Internacional* proporciona información sobre cómo los españoles, tanto anarquistas como no anarquistas, veían a los combatientes extranjeros en España. El primero de estos puntos de vista puede obtenerse a través de las opiniones de los internacionales sobre la militarización y, lo que es más importante, la respuesta de sus comandantes españoles a ellas.

Las milicias eran únicas entre los ejércitos modernos por su rechazo teórico a la disciplina militar. En su lugar, seguían lo que llamaban *disciplina revolucionaria*. En lugar de limitarse a dar una orden, el comandante tenía que convencer a las tropas de la necesidad de una determinada acción. Si no estaban de acuerdo, a menudo se realizaba una votación, y si la moción fracasaba, se revocaba la orden. Los milicianos también destituían a los delegados impopulares o incompetentes. Como señala Michele Haapamaki, las milicias fueron:

[...] un medio para que la izquierda aceptara un papel guerrero en España sin aceptar simultáneamente el bagaje de un ideal militar anticuado y desacreditado, en su opinión, por la Gran Guerra.

La inclusión de las mujeres en el frente fue un desafío más a la práctica militar patriarcal tradicional, aunque a la postre fugaz. Las milicias fueron, pues, un intento incómodo de hacer malabarismos entre la pureza ideológica y la necesidad militar. Simone Weil fue testigo de primera mano del sistema la noche anterior a una expedición a través del río Ebro en agosto de 1936. Berthomieu pidió al *Grupo Internacional* su opinión sobre el plan de batalla del día siguiente:

Silencio total. Insiste en que digamos lo que pensamos. Otro silencio. Entonces [Charles] Ridet dijo: «Bueno, todos estamos de acuerdo». Y eso es todo.

Está claro que no todas las decisiones se debatieron acaloradamente dentro del grupo.

Aun así, esta estructura desordenada horrorizó a los tradicionalistas, y los historiadores tienden a ver el sistema de milicias con un escepticismo extremo.

Como señala Ángel Viñas, los principales benefactores de la República, los soviéticos, también se sentían incómodos al proporcionar material militar a unidades que parecían estar fuera de la autoridad del gobierno

central o regional catalán. La solución preferida por el alto mando republicano para este problema fue poner a las milicias bajo el control del gobierno central —en contraposición a los diversos partidos y sindicatos obreros— e introducir la jerarquía y la disciplina militar. La campaña de militarización comenzó en septiembre y octubre de 1936 con una serie de decretos de Largo Caballero que establecían, primero, un mando unificado y, finalmente, la incorporación de las milicias al ejército regular. Este impulso continuó hasta que las últimas unidades de milicias sucumbieron al nuevo régimen, siendo la última la anarquista *Columna de Hierro* en marzo de 1937.

Al igual que el movimiento anarquista en general, los voluntarios del *Grupo Internacional* dedicaron mucho tiempo a debatir los méritos e inconvenientes de la militarización. Para sus defensores, el sistema de milicias mantenía la integridad revolucionaria de la guerra. El crítico de arte Carl Einstein, hablando en Radio CNT-FAI para elogiar a Durruti en noviembre de 1936, dijo que la columna no era «ni militar ni burocráticamente organizada», sino que había «crecido orgánicamente a partir del movimiento sindicalista».

A medida que liberaba territorio de los nacionales, la columna animaba (u obligaba, según el punto de vista) a los campesinos a colectivizar sus tierras, asestando un golpe no solo a los militares, sino al enemigo capitalista. Los caciques, el clero y los simpatizantes franquistas fueron fusilados, los catastros quemados, los aperos puestos

en común y, en muchos lugares como Pina de Ebro, la moneda abolida. Julián Casanova describe este proceso como:

[...] la eliminación radical de los símbolos del poder, ya sean militares, políticos, económicos, culturales o eclesiásticos.

Para Einstein, pues, las milicias eran nada menos que:

[...] los exponentes de la lucha de clases.

El coronel de artillería Ricardo Jiménez de Beraza, asesor militar de la *Columna Durruti*, sostenía que:

[...] militarmente es un caos, pero es un caos que funciona. No hay que perturbarlo.

Otros voluntarios estaban menos convencidos. Weil hizo una valoración del acuerdo en su diario:

Organización: delegados elegidos. Sin competencia. Sin autoridad... Los campesinos se quejan... de que los centinelas se duermen.

Dos milicianos fueron ejecutados por orden del presidente del comité de guerra de la columna, el argentino Lucio Ruano, por retirarse y abandonar sus armas durante una batalla en diciembre de 1936.

Tras una reunión sobre la militarización a finales de ese mes, el voluntario suizo Edi Gmür escribió en su diario: «Me cuesta entender que pudieran estar discutiendo sobre algo tan urgentemente necesario». El voluntario alemán Arthur Galanty criticó la «absoluta incompetencia e irresponsabilidad del cuartel general, la falta de oficiales capaces de dirigir la compañía, la falta de armas y la inadecuada instrucción de la gente» manifestada en las milicias.

Sin embargo, incluso los partidarios de la militarización tenían reservas. Según una carta enviada desde la agrupación alemana (afiliada al DAS), muchos anarquistas estaban descontentos con la naturaleza vertical de la militarización, sin ningún diálogo entre las tropas y los creadores del nuevo código militar. En sus propias sugerencias, el DAS consideraba que el gesto simbólico de saludar a los oficiales era su prioridad número uno.

Esto fue enormemente controvertido para los anarquistas y fue visto como una aceptación de las estructuras autoritarias y regresivas. Además, el DAS hizo hincapié en la libertad de prensa y la libertad de discusión como garantías importantes en cualquier nuevo código militar. Esto era una cuestión menos simbólica que el saludo, pero reflejaba la preocupación entre los anarquistas de que, al perder el control de sus milicias, podrían verse sometidos a la represión, además de enfatizar el papel de las milicias como vehículo para la educación política.

La reacción de algunos anarquistas españoles a

las preocupaciones de sus compañeros internacionales no fue positiva. La *Agrupación Internacional*, según acuerdos anteriores, tenía derecho a nombrar un delegado que les representara una vez finalizada la militarización. Sin embargo, el nuevo delegado general de la columna, José Manzana, informó a los internacionales de que el cuartel general ya no reconocía a su delegado. El grupo publicó entonces un manifiesto el 10 de enero de 1937 en el que se pedía la autonomía de los delegados para actuar en los asuntos que les concernían directamente y se solicitaba la acreditación para llevar el manifiesto al comité regional de la CNT en Barcelona. Manzana denegó la solicitud, respondiendo: «Barcelona, soy yo». A continuación, prohibió cualquier otra reunión sobre el tema e informó al grupo de que podían someterse al nuevo régimen o ser dados de baja. En consecuencia, 49 milicianos (principalmente franceses) abandonaron el frente. Tras la aceptación de la militarización en enero de 1937, el *Grupo Internacional* pasó a llamarse *Compañía Internacional* de la 26ª División.

Este episodio pone de manifiesto la actitud a menudo ambivalente del movimiento español hacia los anarquistas internacionales dentro de España. Helmut Rüdiger, que fue secretario adjunto de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) para los asuntos españoles durante la guerra, caracterizó a la CNT (afiliada a la AIT) como un «movimiento socialista nacional» que solo tenía la «terminología del programa común» del movimiento anarquista internacional.

Ciertamente, algunos anarquistas españoles no estaban impresionados por las peticiones del *Grupo Internacional* de un nivel de independencia de las estructuras más amplias (nacionales), independientemente de su contribución a la causa antifascista. Las unidades transnacionales estaban en última instancia supeditadas a la organización española (la CNT) bajo cuya bandera luchaban. Esto también era cierto en el caso de las *Brigadas Internacionales*, incluso si algunos voluntarios afirmaban que, como extranjeros, no estaban bajo la jurisdicción del Ejército Republicano Español.

La reacción de Manzana es aún más sorprendente si tenemos en cuenta que en su propia correspondencia con el cuartel general de la CNT, identificaba la imposición sin tacto de la militarización como la razón principal de la caída de la moral dentro de la columna.

Era claramente consciente de los efectos adversos de la cuestión en los anarquistas españoles, pero parece ambivalente ante estas mismas preocupaciones cuando las expresan los extranjeros. En definitiva, el proceso de militarización fue de centralización, pero también de nacionalización, que buscaba (entre otras cosas) *diluir* la importancia de los voluntarios extranjeros.

Las tensiones latentes entre las diferentes alas (en términos generales, estatistas y antiestatistas) del campo antifascista, de las que la militarización era una parte clave, llegaron a su punto álgido en las infames *Jornadas de Mayo* de 1937. Durante este estallido de conflicto

fratricida, los anarquistas y sus aliados lucharon contra los partidarios del gobierno republicano (incluidos los comunistas) en toda Cataluña. El *Grupo Internacional* estaba de permiso en Barcelona cuando comenzaron los combates el 3 de mayo y se vio envuelto en los acontecimientos posteriores. Un voluntario, Francisco Ferrer (con el seudónimo de *Jean Ferrand*), nieto del famoso educador anarquista del mismo nombre, fue asesinado en la calle por negarse a entregar su fusil. Camillo Berneri, que había organizado la *Sezione Italiana* de la *Columna Ascaso*, fue asesinado (probablemente por comunistas) junto a su compañero Francesco Barbieri, lo que provocó una gran conmoción en la comunidad anarquista internacional. Después de una semana de enfrentamientos y de repetidos llamamientos de los dirigentes de ambos bandos para que cesaran las hostilidades, 218 personas murieron, y cientos más resultaron heridas.

En la redada posterior, los anarquistas internacionales se convirtieron en el objetivo de las autoridades republicanas. En junio de 1937, un contingente de 50 policías asaltó dos veces la Casa Internacional de Voluntarios, la sede de los voluntarios anarquistas extranjeros en Barcelona. Martin Gudell, de la División de Lenguas Extranjeras de la CNT-FAI, creía que los agentes buscaban armas, pero no encontraron ninguna.

Varios voluntarios extranjeros fueron arrestados por sus actividades durante las *Jornadas de Mayo*; de hecho, lo que llama la atención del *Grupo Internacional* es cuántos

de ellos fueron arrestados posteriormente por las autoridades republicanas: al menos 31 voluntarios (más del 8%). Entre ellos se encontraba el miembro de la FAUD Helmut Kirschey, a quien la COMINTERN acusó de disparar a los comunistas durante los combates y calificó de:

[...] elemento contrarrevolucionario dispuesto a cometer todos los crímenes políticos.

El socialista suizo Jacop Aepli fue detenido en julio de 1937 y posteriormente *desapareció*; en diciembre se comunicó a su esposa que había muerto de *forma desconocida*.

También en julio de 1937, el *Grupo Internacional* (que para entonces se había reorganizado como *Batallón de la IWMA*) se negó a atacar Quinto sin un apoyo aéreo o de artillería adecuado, al igual que cuatro batallones españoles. El cuartel general («*fuera de sí*», según Gmür) tomó entonces la decisión de disolver el *Batallón de la IWMA*, marcando el fin de la participación anarquista extranjera (semi)independiente en la guerra.

Tras el colapso del *Grupo Internacional* y el decreto que prohibía el servicio en el extranjero en las unidades españolas, muchos voluntarios se trasladaron a las *Brigadas Internacionales*. Al menos un miembro del *Grupo Internacional*, Rudolf Michaelis, obtuvo la nacionalidad española para poder seguir sirviendo en una unidad anarquista.

Algunos voluntarios encontraron el cambio rela-

tivamente sencillo: Emanuel Fischer, miembro del KPD desde 1931, parece que no era consciente de la naturaleza anarquista de la *Columna Durruti* cuando se unió a ella en agosto de 1936. Otro voluntario, Norbert Rauschenberger, se unió a las brigadas en agosto de 1937 y llegó a ser teniente y comandante de compañía. El hecho de que tantos voluntarios de la *Agrupación Internacional* se unieran después a las brigadas sugiere que muchos militantes de base hacían poca distinción entre el antifascismo de la unidad dirigida por la COMINTERN y el antifascismo *revolucionario* de las milicias. De hecho, alrededor de la mitad de los anarquistas que llegaron a España desde Estados Unidos, Gran Bretaña e Irlanda durante el transcurso de la guerra sirvieron en las brigadas, muchos de ellos sin haber servido previamente en unidades anarquistas.

Esta fluidez en la autoidentificación no significó, sin embargo, que recibieran el mismo trato de sus superiores que otros voluntarios. Los contratiempos militares dentro de las brigadas se veían con frecuencia como resultado de fallos políticos: un informe para la 15ª Brigada se quejaba de que no se daban *respuestas políticas* a las cuestiones militares, y los agentes superiores de la COMINTERN consideraban la falta de conciencia política como una razón clave para el revés republicano en Brunete en julio de 1937.

La fiabilidad militar iba de la mano de la ortodoxia política.

Como resultado de esta percepción (combinada con

el hecho de que no habían sido previamente *investigados* a través de los canales oficiales), los voluntarios anarquistas fueron vigilados de cerca por las autoridades de la brigada, y varios fueron encarcelados por indisciplina, subversión política e incluso traición. Oskar Heinz fue condenado a dos meses y medio de prisión por causar *disidencia* y hacer propaganda anarquista dentro de las brigadas. Johann Schwarz fue enviado a un batallón de castigo por indisciplina y por reclutar presuntamente a desertores.

Algunas de las afirmaciones de los archivos de la COMINTERN rozan lo fantástico. Fritz Vogt, por ejemplo, fue arrestado bajo la sospecha de actividades contrarrevolucionarias porque comía a menudo en restaurantes con quienes estaban bajo vigilancia policial. Cinco voluntarios fueron acusados de ser agentes de la Gestapo, con escasas pruebas. Algunos agentes de la COMINTERN asumieron que cualquier conexión con el POUM significaba colusión con la inteligencia alemana; este fue el motivo de la detención del poumista Hermann Gierth tras unirse a las brigadas en 1937.

Paul Preston sostiene que la naturaleza internacionalista del POUM —que supuestamente les hacía más susceptibles de ser infiltrados por agentes extranjeros— les puso bajo sospecha de las autoridades. Pero al mismo tiempo debemos reconocer, como hace Tom Buchanan, que para muchos en el Partido Comunista, el antitrotskismo era una parte clave de su antifascismo, con todas las feas consecuencias que ello conllevaba.

Los anarquistas extranjeros cayeron igualmente bajo la sospecha de heterodoxia, y aunque muchos voluntarios pudieron pasar desapercibidos, otros tuvieron menos suerte.

Las detenciones masivas y el consiguiente desar-me de la retaguardia después de mayo de 1937 fue, como señala James Yeoman, el acto final de la:

[...] *reafirmación del orden social sobre el orden revolucionario* en la España republicana.

La existencia tanto de las milicias revolucionarias como de las colectivizaciones de la tierra y de las fábricas de principios de la guerra (posibilitadas en muchos lugares por esas mismas milicias) eran un anatema para quienes deseaban luchar en un conflicto militar convencional. El ataque a los anarquistas extranjeros muestra cómo, al igual que sus compañeros españoles, también eran vistos como *incontrolables* por el gobierno republicano. En este caso, las líneas divisorias entre las facciones rivales del campo antifascista también atravesaban las líneas nacionales.

Las trayectorias de los voluntarios extranjeros tras el conflicto han sido una *preocupación secundaria* en muchos estudios sobre combatientes transnacionales, lo cual es desafortunado, ya que aísla la experiencia del voluntariado de guerra del contexto social más amplio en el que se encuentran los voluntarios. Esto puede decirnos

más sobre cómo los Estados tratan a los combatientes transnacionales desmovilizados, pero también sobre el impacto potencialmente radicalizador y/o desmoralizador del servicio militar en el extranjero. En general, la historia de los voluntarios del *Grupo Internacional* al final de la guerra es sombría. La actitud de los Estados, tanto democráticos como autoritarios, hacia los combatientes españoles oscilaba entre la sospecha y la hostilidad absoluta. Esto era en gran medida independiente de su origen político; incluso la Unión Soviética abandonó efectivamente a sus cuadros comunistas después de 1939.

Los voluntarios extranjeros en España (especialmente los exiliados) eran lo que Nir Arielli denomina:

[...] voluntarios de sustitución de conflictos, que ven el servicio en un conflicto en el extranjero como un precursor de la lucha contra el régimen en su estado de origen.

Esto significaba que —para otros estados— eran potencialmente problemáticos, y los entresijos de la política de guerra republicana importaban poco.

Al igual que otros miles de refugiados españoles y extranjeros, los voluntarios de la *Agrupación Internacional* que sobrevivieron al final de la guerra fueron a menudo recluidos en campos de concentración en el sur de Francia o en el norte de África. De forma un tanto sorprendente, siete voluntarios alemanes acabaron en el mismo campo de Gurs en 1940.

Al menos 20 voluntarios pasaron por los campos, incluido el único voluntario portugués, Julio Mescareuhas (descrito por las autoridades como un *enemigo acérrimo* del Partido Comunista). La mayoría de ellos fueron retenidos en el sur de Francia, pero uno, Alfred Berger, fue capturado por los nacionalistas y llevado al infame campo de prisioneros de guerra de San Pedro de Cardeña.

La historia de Carl Einstein es quizá la más trágica. Tras ser encarcelado brevemente en el sur de Francia por su papel como combatiente de la guerra civil, llegó a París, pero tras el inicio de la Segunda Guerra Mundial fue internado como extranjero enemigo en un campo cerca de Burdeos. Consiguió escapar, pero tras la caída de Francia, se vio sometido a la persecución por ser judío. Volvió a huir hacia el sur, pero, habiendo perdido toda esperanza de escapar a través de los Pirineos, se ahogó en un río que pasaba por el pueblo de Lestelle-Bétharram.

Tras la derrota de la causa republicana, los pasados antifascistas de varios voluntarios volvieron a perseguirlos. Helmuth Bruhns, antiguo miembro del KPD, fue entregado a la Gestapo por el régimen de Vichy en 1941 y condenado a 15 años de prisión. Kurt Lehmann, que antes de 1936 había ayudado a contrabandear judíos de Alemania a Gran Bretaña y Estados Unidos, pronto se encontró bajo un intenso escrutinio. Tras regresar a Bélgica con su hermano Werner (también miembro del *Grupo Internacional*) en 1937, ambos fueron detenidos y expulsados del país en 1938. Tras varias detenciones más en Francia y un

intento fallido de entrar en Gran Bretaña, los hermanos fueron entregados a los nazis. A Werner le cortaron las arterias y murió desangrado (no está claro si fue un suicidio o una ejecución), mientras que Kurt sobrevivió a las torturas de la Gestapo y fue enviado a varias prisiones de Alemania antes de ser liberado por el ejército estadounidense camino del campo de concentración de Dachau. Se desilusionó con la Alemania Occidental de la posguerra y declaró que «no valía la pena luchar por esta gente» hacia el final de su vida.

Otros voluntarios pudieron continuar su lucha contra el fascismo. El comunista belga Mathieu Corman se unió a la Resistencia francesa, lanzando operaciones de sabotaje en el sur de Francia hasta su captura mientras estaba en Barcelona en 1942. Posteriormente, fue liberado y regresó a Bélgica. El comunista francés Aimé Turrel, después de apoyar la adhesión de su partido al Pacto Nazi-Soviético, también acabó uniéndose a la Resistencia francesa.

Fritz Benner se alistó en la Resistencia noruega y fue detenido por espionaje por las autoridades suecas en abril de 1940, junto con sus compañeros voluntarios del *Grupo Internacional*, Hans Vesper y Karl Löshaus. Olov Jansson colaboró con la Resistencia sueca y fue cofundador de la Oficina de Prensa Sueco-Noruega en Estocolmo, junto con el miembro del SAPD y futuro Canciller de Alemania Occidental Willy Brandt (que también había pasado por España). Jansson se trasladó más tarde a Gran Bretaña y se convirtió en periodista de la BBC.

El voluntario argelino francés Saïl Mohamed, que en un momento dado dirigió el *Grupo Internacional* antes de ser herido, produjo papeles falsos para los trabajadores argelinos durante la ocupación alemana de Francia, y después de 1945 agitó contra el colonialismo francés a través de la UA y su sucesora, la *Fédération Anarchiste*.

Está claro, pues, que para estos voluntarios su experiencia en España no mermó su entusiasmo por la causa. Hubo una continuidad entre el antifascismo de entreguerras y el de la guerra; puede ser más útil para muchos voluntarios, incluso, caracterizar todo el periodo de 1933 a 1945 como uno de resistencia antifascista transnacional.

Como unidad militar, el *Grupo Internacional* de la *Columna Durruti* era relativamente insignificante. Sobrevivió menos de un año (menos de seis meses como parte de una columna *no militarizada*), y probablemente no contenía más de cien individuos en un momento dado. El servicio fue corto; pocos voluntarios sirvieron desde su creación en agosto de 1936 hasta su disolución en julio de 1937. Sin embargo, el grupo es un microcosmos de la actividad antifascista durante el periodo de entreguerras. Fue un momento de activismo para muchos voluntarios, pero este activismo se extendió tanto antes como después de la Guerra Civil española. La mayoría de los voluntarios alemanes tenían una historia de antinazismo mucho antes de España, y otros continuaron su activismo hasta bien entrada la Segunda Guerra Mundial y después. La decisión de venir a España, en la mayoría de los casos,

no fue excepcional, sino una extensión lógica de un compromiso político más amplio. Como escribió más tarde el cofundador del *Grupo Internacional*, Charles Ridel.

Para muchos de los revolucionarios que acudieron a una España en llamas y en combate, no se trataba de una aspiración, sino del último sacrificio, que se saboreaba como un guante lanzado a un mundo complicado que no tenía sentido, como el trágico resultado de una sociedad en la que la dignidad humana es pisoteada día tras día.

Esta lucha cruzó y volvió a cruzar las fronteras nacionales, demostrando que el antifascismo de los años 30 no solo era un fenómeno internacional, sino transnacional. La fluidez de las fronteras nacionales encapsulada en el grupo se refleja en la diversidad de opiniones políticas, desde anarquistas, comunistas y socialistas hasta antifascistas genéricos. En cierto sentido, pues, la Guerra Civil española actuó como un *crisol antifascista* en el que se reunieron antifascistas de distintas tendencias. Para muchos voluntarios, esta experiencia reforzó su propia identidad antifascista, mientras que para otros España fue el punto álgido de su compromiso antifascista.

A diferencia de la mayoría de los que lucharon con las *Brigadas Internacionales*, los milicianos de la *Agrupación Internacional* fueron testigos de primera mano de los debates sobre la militarización, las mujeres en el frente y, posiblemente, del episodio más controvertido de la guerra civil: las *Jornadas de Mayo* y la posterior re-

presión. La diferencia de opiniones sobre la militarización entre los miembros del grupo es un antídoto contra la idea de que todos los anarquistas de base eran hostiles al proceso, aunque muchos estuvieran descontentos con su ejecución. La reacción de la CNT a las preocupaciones del *Grupo Internacional* también nos ayuda a calibrar el tratamiento general de los no españoles por parte de los españoles durante el periodo de la guerra civil, y cuestiona la caracterización del conflicto como distintivamente internacionalista. La militarización fue un proceso centralizador, pero también nacionalizador (y masculinizador), algo que se hizo más explícito cuando se prohibió a los no españoles servir en las unidades españolas.

La intensificación de la represión de los extranjeros tras las *Jornadas de Mayo* fue, igualmente, un intento político de las fuerzas estatales de contrarrestar el internacionalismo revolucionario de los voluntarios anarquistas. Sería fácil afirmar que los españoles no apreciaban los esfuerzos de estos milicianos internacionales. Sin embargo, hubo una tensión subyacente entre españoles y no españoles a lo largo de la guerra, sintomática de una tendencia de los primeros a caracterizar la guerra en términos nacionales.

Aunque se han destacado las diferencias entre el servicio exterior en la *Columna Durruti* y las *Brigadas Internacionales*, también debemos reconocer sus similitudes. Las movilizaciones iniciales compartían varias características, aunque estas divergían a medida que la COMIN-

TERN tomaba un mayor control sobre el reclutamiento. Muchos voluntarios lucharon en ambas formaciones y, al final de la guerra, muchos se enfrentaron a peligros similares. Al igual que los voluntarios extranjeros en otros conflictos, pueden haberse visto envueltos en intrigas políticas durante la guerra, pero existía un compromiso compartido con la causa, independientemente de las tensiones causadas por los diferentes puntos de vista ideológicos. Igualmente, sin embargo, este compromiso compartido tenía sus límites: para muchos anarquistas, la militarización marcó el final de su servicio exterior, mientras que para otros, recibir la orden de luchar en condiciones de combate inaceptables en Quinto fue la gota que colmó el vaso. Las *Brigadas Internacionales* también tuvieron problemas para mantener la moral, especialmente después de sangrientos reveses como el del Jarama en febrero de 1937.

La tendencia a caracterizar la Guerra Civil española como un conflicto romántico —símbolo de un compromiso transnacional para derrotar al fascismo durante un periodo de profunda incertidumbre social— puede parecer irresistible, pero el servicio para los voluntarios extranjeros fue bastante menos halagüeño de lo que se suele describir. La retórica antifascista internacionalista se vio a menudo limitada por la práctica nacionalista. El estudio de estos combatientes transnacionales nos permite comprender mejor la compleja naturaleza del antifascismo del siglo xx.

En las calles de Perdiguera quedaron cincuenta combatientes que nunca regresaron, entre ellos Georgette. Un grupo formado por franceses, italianos y algunos alemanes resistió, atrincherado en una casa. Mientras les duraron las granadas de mano y las municiones, repelieron los ataques. Cuando se les agotaron, los fascistas se acercaron a la casa y exigieron a los sitiados que se rindieran, so pena de prenderle fuego. Nadie aceptó.

LOLA ITURBE.
Octubre de 1936



A LA VIDA ES NECESARIO BRINDARLE LA
ELEVACIÓN EXQUISITA DE LA REBELIÓN DEL BRAZO Y DE LA MENTE

Prometeo_ediciones@riseup.net

Este texto se adentra en una dimensión menos conocida de la Guerra Civil española: la experiencia de lxs voluntarixs extranjerxs que combatieron en las milicias anarquistas de la CNT-FAI, especialmente en el *Grupo Internacional de la Columna Durruti*. Frente a la atención historiográfica dedicada a las *Brigadas Internacionales* organizadas por la COMINTERN, el autor rescata un fenómeno profundamente transnacional y revolucionario que desbordaba tanto las fronteras nacionales como las estructuras políticas tradicionales.

A través del estudio de esta agrupación compuesta por militantes de más de veinticinco países, el texto muestra cómo la Guerra Civil no fue únicamente un conflicto de fronteras hacia dentro ni una simple lucha entre fascismo y democracia, sino también un laboratorio de experiencias revolucionarias, tensiones ideológicas y formas alternativas de organización militar y social. Las milicias anarquistas encarnaron una concepción distinta de la guerra: basada en la disciplina revolucionaria, la horizontalidad y la transformación social simultánea al combate. [...]

Anarquistas de Prometeo.

Verano de 2026